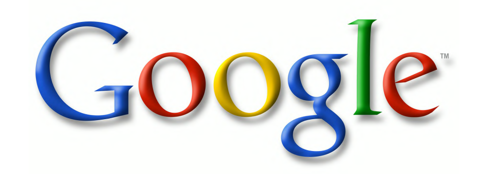
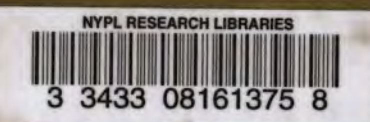




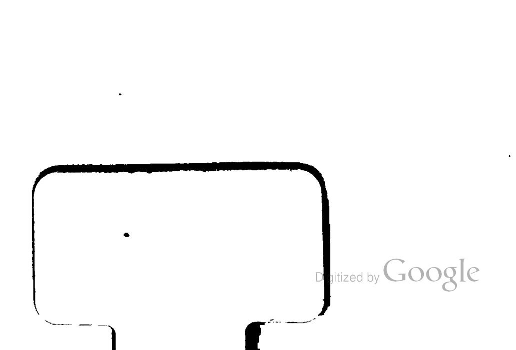
TEOSÓFICOS

III

KARMA

The Aryan Theosophical Press
Point Loma, California
1912

1 Theosophy





(Manualed)

YLF



THE ARYAN THEOSOPHICAL PRESS
Point Loma, California

MANUALES TEOSÓFICOS

III

KARMA

POR

UN ESTUDIANTE

The Aryan Theosophical Press
Point Loma, California
1912

PREFACIO

COMO introducción á la lectura de los Manuales Teosóficos que damos á la publicidad, deben tenerse en cuenta las observaciones que pasamos á exponer. En primer lugar, muy lejos del objeto de estas publicaciones, está el deseo de suscitar ningún género de discusión, ni añadir ninguna nueva teoría al grande acopio pendiente de la aprobación pública. Sus autores no están dispuestos á perder el tiempo con quienes se resistan al convencimiento ó condenan y ridiculizan de antemano lo que no esté al alcance de su limitada concepción.

Nuestro esfuerzo se dirige á quienes desean saber; á los que buscan la resolución de sus dudas y están dispuestos á remover las dificultades de la comprensión. Para éstos cuanto se necesita es exponer con claridad las enseñanzas teosóficas, porque ellos juzga-

rán de una doctrina por el poder que ésta tenga para responder á las preguntas que se le hagan.

En la actualidad se aprecia mejor el valor de la Teosofía que en los primeros tiempos de la Sociedad Teosófica, en razón de que las dificultades engendradas por el egoísmo y el materialismo, siempre crecientes, y por la duda y la pluralidad de teorías, han creado una exigencia apremiante que sólo la Teosofía puede satisfacer.

Por otra parte, nos disponemos á exponer clara y terminantemente las enseñanzas teosóficas en toda su pureza, según las dieron á conocer la fundadora de la Sociedad Teosófica H. P. Blavatsky, y sus sucesores William Q. Judge y Katherine Tingley; porque conviene hacer notar, conforme predijo H. P. Blavatsky, que hay personas que han tratado de pervertir estas enseñanzas con propósitos de lucro y proyectos egoístas y ambiciosos.

Las verdaderas enseñanzas no se prestan ni consienten tales propósitos; sus ideales son los más puros y desinteresados. De ahí que, al abrigo de este desinterés, haya habido personas que han tratado de propagar, bajo el

nombre de Teosofía, una forma perversa de enseñanza en que se omiten la Fraternidad y otros puros principios, enseñanza que H. P. Blavatsky condenó, dejando demostrada la finalidad maléfica y destructora que perseguían.

Sin embargo, como estos seudo-teosofistas han obtenido cierto grado de notoriedad usurpando el nombre de la Sociedad Teosófica y el de sus Guías, ó Directores (*Leaders*), se hace necesario prevenir al público para que los conozca con sus falsedades. Ellos declaran que siguen las doctrinas de H. P. Blavatsky; y comparadas las expuestas por ellos con las de esta honorable fundadora, fácilmente se demuestra la falsedad de su aserto, pues son evidentemente contrarias. En vez de tener por norma el sacrificio propio y la propia purificación y elevación de la raza humana, sus doctrinas propenden, con demasiada frecuencia, á satisfacer sus ambiciones, su vanidad y la curiosidad.

No obstante que sus ridiculeces provocan á risa, como quiera que estas imitaciones han propendido á desacreditar el nombre de la Teosofía y desorientar á los más serios investigadores de la verdad, es conveniente que el

público conozca sus antecedentes. Estos individuos fueron, en otra época, miembros de la Sociedad Teosófica, que no hallaron en ella ningún aliciente que satisfaciera su personalidad, que era el objetivo que perseguían. Heridos en su orgullo y vanidad, se rebelaron contra sus Guías ó Directores (*Leaders*) y formaron, para sí, pequeñas sociedades de su exclusiva dirección.

Los autores de estos Manuales, no abrigan resentimiento personal alguno contra esos calumniadores. Inspirados por un profundo amor á las sublimes enseñanzas de la Teosofía, hemos hecho de su estudio el esfuerzo de toda la vida, tratando de poner al alcance del mayor número posible de personas los beneficios que de ella hemos recibido. Por eso confían en que no les faltará la cordial cooperación y simpatía del público en sus propósitos de señalar los errores y poner de manifiesto la verdad.

La Teosofía descubre un horizonte desconocido en la moderna civilización, porque no aparece bajo ningún título de los que dan nombre á la Religión, la Ciencia, la Filosofía etc., entre las que ha dividido nuestra edad sus actividades especulativas. La Teosofía data de

un período muy antiguo en la historia de la humanidad en el que no existían tales distinciones, porque había un Gnosis ó Conocimiento que todo lo abarcaba.

La Religión y la Ciencia, tal como hoy existen, no son más que productos imperfectos surgidos de los restos de aquel gran sistema antiguo, la Sabiduría-Religión, que abarcaba cuanto sabemos hoy de religión y ciencia, y mucho más. Por esto nunca apelará la Teosofía á los mismos estímulos de la religión y la ciencia. No ofrecerá ninguna módica salvación, ni premio alguno, á la inactividad mental, ni á ningún egoísmo espiritual.

Tampoco se acomoda á las reglas establecidas por varias escuelas de pensamiento moderno respecto á lo que constituya ó no la prueba; pero puede apelar y apela á la Razón.

La verdad de las doctrinas como las que sustenta la Teosofía, únicamente puede apreciarse por su virtualidad para resolver los problemas de la vida y por la armónica relación de sus verdades con otras de que nos consta su certeza. Pero además de esto, tenemos el testimonio de las edades, que hace muy largo tiempo ha sido olvidado por la

escuela moderna, pero que reviven ahora los arqueólogos y escolares, según predijo que sucedería en este siglo H. P. Blavatsky.

No será quizás inoportuno hacer presente á los críticos impugnadores, que el grado de mérito de la moderna opinión apenas daría á nadie autoridad para asumir la actitud de juez. En vez de contestar á sus impugnadores, más bien debiera el teosofista exigirles que presenten y prueben sus premisas, para ser entonces él quien les exija que las expliquen. El resultado demostraría, cuando menos, que la Teosofía se mantendría á la misma altura que otra opinión cualquiera, porque no existe en ninguna parte ningún conocimiento cierto, ninguna explicación definitivamente satisfactoria.

Desde los días en que el oleaje del materialismo barrió el mundo, borrando las huellas de la antigua Sabiduría-Religión, reemplazándola por el dogmatismo teológico, nuestras religiones no han tenido nada que ofrecernos respecto de una explicación filosófica de las leyes del Ser, conforme se revela en el Hombre y en la Naturaleza. Lejos de esto, sólo hemos visto manifestaciones vacías y aserciones

dogmáticas. La más elevada naturaleza del hombre está representada por tan vagas expresiones de "Espíritu" y "Alma," que, para la generalidad, tienen muy poco ó ningún significado. Las leyes del universo se condensan brevemente en el término, "Dios," impidiendo cualquiera otra consideración ulterior. Posteriormente se inició una reacción contraria al dogmatismo religioso y el hombre fijó su fe en el conocimiento adquirido por el estudio y la reflexión, limitando, sin embargo, sus investigaciones sobre el mundo externo á la percepción de los sentidos, y temiendo hollar el terreno que la teología dogmática había convertido en un campo de contienda. De esto ha resultado el no encontrarse en ninguna religión, ni en ciencia alguna, ninguna enseñanza sobre la más alta naturaleza del hombre, ni sobre los más profundos misterios del universo. Es este un terreno del todo inexplorado, ó á lo sumo, materias de ensayos, ó conjeturas, mal dirigidos.

Por tanto, mientras los preceptores de la religión no tengan algo definitivo, concreto y satisfactorio que ofrecer, y la ciencia no pueda ofrecernos más que sus meras confesiones de

impotencia ó impudentes negaciones de todo cuanto está fuera de su alcance, la Teosofía está en condiciones de abrogarse la facultad de interrogar más bien que replicar, pues á nadie *debe* ninguna explicación. Se basta para exponer sus principios, dejando á sí mismos su vindicación, por su mayor racionalidad. Cualquiera ulterior explicación que facilitara, procedería de su propia espontaneidad y no por fuerza de ninguna obligación.

Á la Teosofía compete explicar lo que otros sistemas dejan sin explicación, hallándose por tanto en su propio y único terreno, sin ningún competidor. Puede desafiar á la teología, á la ciencia y á otros sistemas modernos, á que la superen en el poder de dar una explicación racional de los hechos de la vida.

Además, hay algunas cuestiones que no pueden ser contestadas por *el estado actual de desarrollo* de la imaginación humana; sería, por tanto, poco justo acusar á la Teosofía de no hacerlo.

Todo juicio debiera siempre estar precedido de un estudio solícito. No faltan nunca muchos impacientes que se adelantan á formular interrogaciones que, sometidas á un

estudio más amplio, hubieran sido innecesarias; y puede darse por cierto que la mayor parte de las objeciones que se oponen á las enseñanzas teosóficas, son de esta naturaleza, pues hubieran podido ser resueltas por el mismo impugnador, de haber sido este un genuino investigador de la verdad.

En los cursos ordinarios de instrucción se requiere de los estudiantes, y éstos se conforman en aceptar provisionalmente, muchas exposiciones del maestro, confiados en que, profundizando los estudios, hallarán la explicación que al principio no pudo alcanzarse.

Por este motivo es de esperarse que cualquier estudiante serio de Teosofía, será lo bastante juicioso para reservar muchas de sus dificultades de comprensión, hasta que, por más profundas investigaciones, hubiere adquirido sobre la materia más amplios conocimientos. Á los que no adoptan gustosos estos razonables y largos métodos de estudios, pudiera preguntárseles si desean más impugnar, que aprender.

La finalidad principal que se persigue con la publicación de estos Manuales, es apelar más bien al corazón, que meramente á la intelectualidad, de modo que le sirvan al lector para re-

solver con acierto los problemas cotidianos de la vida, y no, tan sólo, de simples ejercicios intelectuales. Porque ha habido libros escritos en pasados tiempos por autores que más han sobresalido por cierto grado de viveza mental, que por la devoción sentida en su corazón por la causa de la verdad; y han apelado á esos hombres amantes de problemas filosóficos intrincados, con preferencia á los amantes del trabajo práctico. Pero, como citaba tan frecuentemente H. P. Blavatsky, el mensaje de la Teosofía es para la humanidad doliente; y los grandes Maestros, que no tienen más propósito que iluminar la humanidad con la Luz de la Verdad y reportarle la gracia salvadora de la verdadera Fraternidad, no pueden tener ningún interés en satisfacer la curiosidad mental de unos cuantos individuos acomodados. "Aun los hombres desalmados pueden ser brillantemente intelectuales," dijo H. P. Blavatsky; pero, para los que de veras anhelan el más alto pináculo de la vida, la sola brillantez intelectual tendrá poca atracción. Pretendemos, por tanto, conservar en primer término el aspecto práctico de las enseñanzas y demostrar, tanto como sea posible, que ellas

constituyen lo que pretende ser, ***el evangelio de una nueva esperanza y la salvación del género humano.***

Estos Manuales no son todos el producto de una sola pluma; á su elaboración han coadyuvado varios Estudiantes del "Centro Internacional de la FRATERNIDAD UNIVERSAL Y SOCIEDAD TEOSÓFICA de Point Loma, California, E. U. A.," que han contribuído con su labor á la formación de estas publicaciones.

Para más pormenores sobre la Teosofía, se recomienda la lista de libros publicada en otra parte de este tomo, y la lectura de otros Manuales que tratan sobre esta materia y otras varias enseñanzas teosóficas.

ÍNDICE

PÁGINA

SIGNIFICACIÓN DE LA "DOCTRINA DE KARMA" 1

LA RELIGIÓN Y EL KARMA 4

LA CIENCIA Y EL KARMA 20
Las Skandhas

LA OBRA DE LA LEY 36
Disparidades de Karma y cómo se armonizan
Cómo el hombre perturba el equilibrio de la Naturaleza

LIMITACIONES DE NUESTRO ENTENDIMIENTO .. 44
Personalidad. Deidad Personal.
El Karma Nacional y de Raza

EL KARMA Y EL LIBRE ALBEDRÍO 57
Fatalismo
El Karma en la Antigüedad

LA VOZ DE LA CONCIENCIA 65
La Importancia Vital de la Fe en la Ley Moral

SIGNIFICACIÓN DE LA "DOCTRINA DEL KARMA"

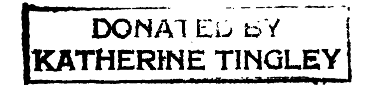
CUANDO los teosofistas hablan sobre la doctrina de Karma, generalmente se refieren á la doctrina de que, "según hayamos sembrado (en el campo de la conducta humana), así cosecharemos," y también "cuanto cosechamos es producto de nuestra siembra." De otra manera; nuestro destino y fortuna son las consecuencias de nuestros propios actos, é incurrimos en premio ó castigo según nuestros justos méritos. No hay ninguna ingerencia arbitraria de una dispensación divina, ni se deja nada á la simple casualidad. Esta doctrina es incomprensible si no la acompaña la de la Reencarnación, porque muchas de nuestras propias experiencias actuales son los resultados de actos que hemos realizado en vidas pasadas; y muchos de los que realizamos hoy, no surtirán sus efectos sino en una vida futura.

Cuando hablamos del "Karma" de una persona, y decimos (por ejemplo) que su Karma es bueno ó malo, queremos decir no precisamente ni su suerte ni su mérito, sino algo que participa del carácter de ambas cosas.

Así, la doctrina de Karma es, en suma, una forma más completamente enunciada de la doctrina científica de la "Conservación de la Energía"; doctrina ésta que sostiene, según nos afirman los hombres de ciencia, la existencia de una relación exacta entre la causa y el efecto en las funciones de la Naturaleza. Pero la doctrina de Karma extiende este principio hasta la esfera de las fuerzas morales, mentales y espirituales, y, en suma, á toda la vida, resultando de ese modo una Ley universal.

Expuesta así claramente, puede parecer casi una inocentada; sin embargo, la mayoría de la humanidad deja de reconocer esa Ley, por la razón principalísima de que está cohibida de percibir la verdad que en la misma se contiene, debido á las ideas religiosas y científicas que en la humanidad predominan. No pode-

mos comprender el Karma si no admitimos la existencia eterna del Alma durante una larga sucesión de vidas terrenales; porque, una vida terrenal no es más que un fragmento diminuto de la vida de un hombre, y, por tanto, no es suficiente para demostrar el mayor alcance y operación de dicha Ley. Y puesto que, ni la religión, ni la ciencia, nos enseñan nada sobre la Reencarnación, sino que ambas presentan la vida del hombre sobre la tierra como durando menos de un siglo, es imposible que concuerden sus enseñanzas con ninguna idea de justicia absoluta.



I

LA RELIGIÓN Y EL KARMA

LA ausencia de la doctrina de Karma en las enseñanzas religiosas más corrientes ocasiona una grave discrepancia: la dificultad de conciliar nuestra convicción de la justicia de la Más Alta Ley, con los hechos de la vida, según los palpamos.

Esta dificultad es la causa de innumerables conflictos mentales, de innumerables prédicas y ensayos, de disputas, cismas, disgregaciones, creaciones de nuevas sectas, y caídas en la "infidelidad." Es, prácticamente, el todo del pensamiento religioso concretado en una palabra, porque casi todas las cuestiones giran sobre esta dificultad, en una forma ú otra. Es, en resumen, el conflicto entre nuestra intuición (la voz divina interna) y nuestro intelecto, y surge del hecho de que el último no se ha desarrollado proporcionalmente, sino que está

oprimido por la ignorancia y extrañas falacias. No existe ningún conflicto real entre la intuición y el intelecto, entre la fe y la razón; el conflicto existe entre la verdadera fe y la razón falsa. La justicia de la Ley no sólo debiera ser sentida en el corazón, sino también percibida por la mente; y así sucedería si sólo tuviéramos una ciencia comprensible de la vida humana, como la que proporciona la Teosofía.

Huelga extendernos sobre la incompatibilidad entre nuestras concepciones de la vida y nuestra convicción sobre la divina justicia; el tema es harto familiar. Todos sabemos que según la teoría de que el hombre vive solamente una vida terrenal, los buenos quedan sin premiar y los malvados prosperan; que la humanidad pasa por experiencias que no tienen explicación; y que la Deidad aparece completamente indiferente. Algunos han abandonado totalmente la religión y declaran no creer en la existencia de Dios, y otros han recurrido á distintos medios para explicar esta discrepancia, al paso que otros todavía la alejan de sus imaginaciones tanto como les es posible.

Algunos dicen que no podemos lograr comprender " los fines y propósitos de Dios, y que Él es quien sabe lo que es mejor." Algunos tratan de probar que á los buenos se les premia internamente de algún modo y que á los malos se les castiga en sus conciencias. Algunos dicen que todas las desigualdades serán compensadas en el cielo. Pero en definitiva, estas explicaciones son insuficientes; y lo que consiguen es demostrar el sublime poder de la fe, en contra de los obstáculos de la ignorancia y de la superstición.

Se nos ha dicho, repetidas veces, que " es presuntuoso razonar sobre los propósitos de Dios " y que " nuestra pobre inteligencia humana no puede llegar á comprenderlos." Sin embargo, el conocimiento en general y la ciencia han progresado, y nosotros reconocemos lentamente que las leyes de la Naturaleza no son sino la voz de la Deidad, y que no debemos temer el encontrar nada que no debamos conocer, porque la sabiduría de la Deidad es infinita y supera á todo conocimiento humano. Nuestro progreso en la ciencia nos ha permi-

tido comprender la Vida mejor que antes. De igual manera, debiéramos ciertamente esforzarnos por comprender sus leyes en el mundo moral, extender nuestro conocimiento hasta donde nos sea posible, y darnos cuenta de que cuanto más averigüemos, tanto más exaltaremos nuestro concepto de la Deidad. La verdadera ciencia no abriga en sí nada impío é irreverente. Nuestros intelectos son dones divinos y debiéramos emplearlos para el fin á que han sido destinados — para sondear la verdad.

Cuando nos damos cuenta de que las teorías ordinarias de la vida humana están en contraposición con la verdadera religión de nuestras Almas, (con la revelación divina, interna), debemos comprender que existe algo que no satisface en dichas teorías. Y cuando hallamos que la doctrina de Karma y su gemela, la Reencarnación, explican estas diferencias y armonizan los hechos de la Naturaleza con nuestra fe en la divina justicia, debiéramos tratar con respeto esas doctrinas, como dignas de consideración.

La idea de que las desigualdades de la vida se arreglan en el cielo es más consoladora que lógica. Este particular ha sido ya tratado en otro Manual bajo el título de *Reencarnación,* donde quedó puntualizado que, con semejante idea ilógica, nuestra vida sobre la tierra no llega á tener finalidad, siendo un episodio completamente insignificante en medio de la eternidad de una existencia espiritual. Según ese concepto, se nos envía aquí á aprender lecciones y somos arrebatados antes de haber apenas empezado, dejando detrás muchas esperanzas sin cumplir, propósitos no consumados, errores no corregidos y lecciones por aprender. No hay nada más notoriamente inconsistente que esta idea de una sola vida terrenal perdida en el océano infinito de la vida del Alma. Aunque es consoladora la lectura de las incomparables palabras que nos dicen que "Tu sol no se pondrá jamás," y que "Dios enjugará las lágrimas de tus ojos," estas palabras adquieren un significado más sublime cuando se comprende que es como la promesa de una liberación espiritual y de la consecución del

estado bendito del Hombre perfecto, y no como la oferta de un cielo, al cual van los pocos elegidos para ser recompensados eternamente por actos realizados durante los cortos años de vida terrenal.

La doctrina del Karma enseña que existe una relación perfecta entre la causa y el efecto, tanto en la esfera de los actos y experiencias humanas, como en la esfera de la ciencia de la Naturaleza. En otras palabras, enseña que la justicia perfecta rige los asuntos humanos, y que el goce ó el sufrimiento que se experimenta son proporcionados al mérito. Ningún hombre puede sufrir ó disfrutar de las consecuencias que no haya merecido por sus propios actos, pues cuanto cosechamos es producto de lo que hemos sembrado. Pero la doctrina de Karma hace más que meramente afirmar este principio; demuestra su verdad. Nuestra intuición y sentido apropiado de las cosas, nos dicen que el Poder que nos rige debe de ser justo. El concepto contrario nos induce á suponer que ese Poder es caprichoso; suposición que es insostenible tanto concibiendo ese Poder

como una Deidad, cuanto concibiéndolo como cualquier equivalente " científico " de Deidad. Los teólogos y los científicos convienen en atribuir á sus respectivas deidades la justicia perfecta y la imparcialidad; y ellos, como todos, reconocen que la hipótesis contraria es insostenible por no poder ofrecer ninguna base para la filosofía. Así es que, ya sea regido por " Dios," ó por algún agente igualmente misterioso y todopoderoso llamado " suerte " ó " destino," estamos igualmente bajo el dominio de la Ley, justa, imparcial, infalible.

Pero, ¿cómo se demuestra el funcionamiento justiciero de esta Ley omnipresente? — Ésa es la dificultad. Sin embargo, solamente es difícil mientras tengamos una teoría de la vida que no es la verdadera, porque lo falso tiene que estar necesariamente en desacuerdo con lo que es la verdad.

La aceptación de la doctrina de la Reencarnación es condición esencial para la inteligencia de la del Karma, porque la duración de una sola vida terrenal es tan breve en comparación con el extenso vivir del Alma (que es el Hom-

bre real), que no basta para descubrir la huella del orden de sucesión y relación de la causa y del efecto. Muchos de los sucesos que experimentamos durante esta vida son el resultado de hechos realizados en nuestras vidas pasadas, y muchas de las cosas que hacemos ahora no producirán su efecto, sino en nuestras vidas futuras. Porque, como un día no es más que un solo eslabón de la cadena de nuestra vida desde el nacimiento hasta la muerte, así también esta misma vida es un eslabón de la cadena mayor de la vida del Alma.

La dificultad de armonizar nuestra convicción innata de que el universo está regido por una ley justa é imparcial, con los hechos de la vida según aparecen ante nuestra limitada vista, ha sido el gran obstáculo con que han tropezado la filosofía y la especulación religiosa. Los temperamentos profundamente religiosos, se han contentado con confiar y descansar en la creencia de que todo se aclarará en la vida futura. Las inteligencias más reflexivas han buscado una explicación más satisfactoria; pero á pesar de ser tan ingeniosas

algunas de estas explicaciones, resulta inútil el intento si se prescinde de la Reencarnación, simplemente porque no puede ser verdadera la justicia que se imparta en el período de una sola vida.

El conocimiento del hecho de la Reencarnación todo lo simplifica. Las doctrinas de la Reencarnación y del Karma se complementan y explican entre sí. Por un lado, el principio de causalidad exige que vivamos otra vez en la Tierra porque hemos engendrado causas durante nuestra vida que no pueden producir sus efectos de ningún modo sino en otra vida terrenal. El hombre muere lleno de anhelos sin satisfacer por determinadas experiencias peculiares de la vida terrenal, y estos deseos intensos lo harán regresar al campo donde puede realizarlos. Desaparece dejando muchas cosas principiadas que tiene que terminar, y muchos planes proyectados sin ejecutar. Su vida no es más que el prólogo de una secuela necesaria, un capítulo de los muchos de la gran historia. Por otro lado, la Reencarnación explica el Karma. Ambas verdades son mu-

tuamente compatibles, y además, lo son con las demás enseñanzas de la Teosofía y con los hechos restantes de la experiencia. Así se vindica la verdad por su compatibilidad é integridad.

La idea de que la perfecta justicia rige al mundo es una de las de que no podemos sustraernos. Puede ser considerada como axioma elemental de la filosofía. Ninguna filosofía puede forjarse en la hipótesis contraria, porque la declaración de que todo es un caos ó casualidad, es un disparate. Podemos aceptar semejante exposición, si nos place; pero no podemos basar ninguna filosofía en ella, puesto que todo razonamiento procede de reglas y todo pensamiento tiene leyes definidas. No podemos efectuar ninguna suma en la hipótesis de que dos y dos sean cuatro, ó cinco, ó cien, caprichosamente. De este modo si llamamos al origen de la Ley eterna, Dios, ó Naturaleza, ó Justicia Eterna, ó la Conservación de la Energía, estamos, en todos estos casos, igualmente obligados á postular que es *ley* y no caos.

Desde que, treinta años há, H. P. Blavatsky sostenía, como uno de los principios fundamentales de la Sociedad Teosófica, la existencia de los poderes espirituales del Hombre, ha habido en nuestro mundo moderno una rápida tendencia de hacer salir á la Religión Cristiana de sus antiguos moldes dogmáticos y volverla á las líneas originales de su Fundador; para ampliar nuestro concepto, tanto de Dios como del Hombre.

Solía decírsenos que la autoridad de las iglesias y las interpretaciones autoritarias de las escrituras, eran el último tribunal de apelación, y que cualquier ciencia que esto contraviniera era mala y perniciosa. Ahora la tendencia de nuestra mente es más bien estotra: "Estudiemos la vida y esforcémonos por comprender el plan de Dios. Ningún conocimiento que nos da la ciencia puede traspasar los límites del caudal de conocimientos que de derecho pertenece al hombre, ni puede ningún estudio de la Naturaleza desviarnos de su divino autor." Anteriormente se nos hacía saber que los dictados de nuestra propia conciencia in-

terna no sólo no eran fidedignos sino que eran también pecaminosos; pero hoy propendemos más bien á reconocerlos entre los múltiples medios por los cuales el Eterno se revela.

Procuremos, pues, en el espíritu de este más amplio concepto de la religión, tratar de comprender mejor la justicia eterna. El Dios teológico y los varios estrechos conceptos de la Deidad son los que tanto han confundido nuestras ideas respecto á la relación entre la Deidad y el Hombre, y han dado origen á la contradicción entre la ciencia y la fe. La idea de lo Eterno ha sido empequeñecida por atribuírsele toda clase de restricciones y flaquezas humanas. H. P. Blavatsky, en su obra *La Llave de la Teosofía,* tiene el siguiente diálogo del capítulo v:

INVESTIGADOR. ¿Cree Vd. en Dios?

TEOSOFISTA. Eso depende de lo que Ud. quiera decir con tal expresión.

INVESTIGADOR. Me refiero al Dios de los cristianos, al Padre de Jesús, al Creador; para abreviar, me refiero al Dios bíblico de Moisés.

TEOSOFISTA. No creemos en semejante Dios. Rechazamos la idea de un Dios personal, ó extracósmico ó antropomórfico, que no es más que la sombra gigantesca del *hombre*, y ni siquiera del hombre en su mayor perfección. Decimos que el Dios de la teología, y lo probamos, es un cúmulo de contradicciones y una imposibilidad lógica.

INVESTIGADOR. Entonces, ¿son Vds. ateos?

TEOSOFISTA. Á nuestro entender no, salvo que este calificativo se aplique á todos los que no crean en un Dios antropomórfico. Nosotros creemos en un Principio Universal Divino, el origen de TODO, del cual todo procede y en el cual todo se absorberá al fin del gran ciclo de la Existencia. . . .

Nuestra DEIDAD no radica ni en el paraíso, ni en ningún árbol determinado, ni en edificio, ni en montaña; está en todas partes, en cada átomo del Cosmos visible ó invisible; en cada átomo, sobre cada átomo, y alrededor de cada átomo invisible y cada molécula divisible, porque ELLO es el poder misterioso de la evolución y de la involución, la potencialidad creadora, omnipresente, omnipotente y, aun, omnisciente.

Claro es que el Dios del Universo no puede limitarse á los atributos humanos de personalidad, etc., con que tanto se restringe el conoci-

miento y poder del hombre. Semejante concepto de la Deidad es incompatible con la noción de omnipotencia. No obstante, hay quienes, en sus superficiales razonamientos, se imaginan que, despojando de personalidad á la Deidad, la rebajamos. Pero no es que concibamos la idea de reducir la Deidad al nivel de esos seres que no han desarrollado todavía personalidad; eso sería una mera adoración salvaje de la naturaleza, ó fetichismo. La Deidad está *más allá* y por encima de la personalidad.

OBSERVACIONES SOBRE LA PALABRA "LEY."

Se llama la atención sobre el hecho de que la palabra "ley" se usa comúnmente en dos acepciones distintas que, á veces, se confunden. Puede significar, primero: un edicto, mandato ú ordenanza; segundo: un principio, regla ú orden que prevalece en las cosas. En la primera acepción es la expresión de alguna voluntad á la cual tiene que obedecerse; en la segunda es una fórmula de hechos conocidos. Así, la ley de Moisés no es igual á la ley de los cuadrados inversos, ni tampoco pertenecen

á las leyes de la armonía en la Música las que tienen que ser obedecidas bajo la penalidad de los procedimientos legales. Estas distinciones pueden parecer triviales cuando se presentan así, mas no lo son cuando los métodos descuidados del pensamiento las hacen olvidar, como sucede á menudo en el caso de los razonadores inexpertos, quienes, habiendo vestido sus pensamientos con palabras, olvidan después que algunas de ellas tienen dos significados y vuelven á emplearlas en sentido erróneo. Por ejemplo: cuando observamos que dos cuerpos se atraen siempre con una fuerza que varía en razón directa del producto de sus masas y en razón inversa del cuadrado de la distancia que los separa, llamamos á este hecho "ley de gravitación"; pero cuando deliberadamente aseguramos que esta ley de gravitación (que no es más que una fórmula) es capaz de hacer caer una manzana de un árbol sobre la cabeza de un filósofo sentado debajo, somos culpables del desatino arriba expresado; porque el hecho concreto es que ningún principio general, por muy bellamente que sea presentado,

es capaz de hacer caer ninguna cosa, del mismo modo que, por ejemplo, las leyes del pensamiento no pueden obligar al hombre á pensar. La inferencia es, que lo que tiró de la manzana fué alguna fuerza misteriosa cuya función es conocida por ley de gravitación; pero decir que la ley fué la que obró, equivale á decir que el hombre camina por la fuerza de la ambulación.

En la expresión "Ley del Karma," la palabra "*ley*" parecería usarse en ambos sentidos, unas veces en uno y otras veces en otro; pero no debemos confundirlos. Podemos usar la palabra "*ley*" para expresar una abstracción, una generalización, de nuestro mérito ó demérito, ó de nuestras experiencias; ó podemos usarla para denotar una fuerza dinámica actual que obra sobre nosotros y efectúa las experiencias. Porque hay Seres que son los agentes del Karma y el Hombre mismo es uno de ellos. De estos Seres se trata en otra parte de este Manual.

II

LA CIENCIA Y EL KARMA

LA ciencia moderna está orgullosa de sus generalizaciones. Una de ellas es la Ley de la Conservación de la Energía. La Ley del Karma puede considerarse como una extensión, una extensión muy grande, de hecho, un complemento de aquélla.

La Ley, según la enuncia la ciencia moderna, establece que la suma total de energía, en un sistema cerrado, se mantiene constante en todos los cambios de forma que pueda sufrir la energía; y afirma más ampliamente, que la suma total de energía en el Universo, es siempre la misma. Ninguna energía puede perderse; cuando desaparece en una forma, reaparece en otra. La cantidad de energía mecánica gastada en la fricción, genera una energía calórica equivalente. Una cantidad dada de electricidad descompone una cantidad dada de sulfato

de cobre, y produce una cantidad dada de cobre. La cantidad de cobre que se ha de obtener puede calcularse exactamente, y cualquier escape incidental de energía, puede también calcularse ó descontarse. Es del dominio de los químicos, que los compuestos contienen una cantidad variable de energía potencial encerrada en ellos, y que esta energía, que es á veces enorme, queda en libertad cuando los compuestos se descomponen; en otros casos la energía es absorbida. En estos últimos años, esta ciencia de la termo-química se ha extendido con el descubrimiento de nuevos hechos que conducen á la convicción de que los mismos átomos se componen de rudimentos más diminutos aún, y contienen, á su vez, una enorme cantidad de energía potencial. Es por virtud de esta energía que los átomos son tan estables; y es por virtud de la misma energía que podrían llegar á ser muy potentes si pudiéramos descomponerlos. Excusamos decir que es el radio á lo que, principalmente, hemos venido refiriéndonos aquí.

Por supuesto que los hombres de ciencia

razonables y sinceros, no se inquietan al ver que sus teorías sobre la conservación de la energía están sujetas á amplificarse en cualquier momento. Eso es lo que naturalmente se espera de una hipótesis provisional. Sin embargo; el prejuicio pugna á menudo con la razón, y contribuye á que las innovaciones, por más que sean ciertas, sean mal acogidas. Por consecuencia de esto hay algunos que no han acogido bien la vasta perspectiva que el fenómeno del radio les ha descubierto. Aquí nos encontramos con un origen de energía aparentemente ilimitado, y la única partida que figura en nuestro balance en oposición á ese gasto pródigo, es el desgaste, casi imperceptible, de una partícula diminuta.

Pero esto es una circunstancia muy pequeña si la comparamos con todo lo demás que ha omitido por completo la ciencia en sus cálculos. ¿Qué dice la ciencia sobre la energía mental y la potencia de la voluntad humana? ¿No son éstas, fuerzas también? Si fuéramos á hacernos cargo del valor dinámico del pensamiento humano, tendríamos necesariamente

que medirlo en términos cuya magnitud y variabilidad se hallan completamente en diferente escala que la de las fuerzas más materiales. Y si hemos de descartar estos elementos de nuestros cálculos, entonces éstos son indudablemente limitados é inadecuados.

La verdadera ciencia proclama que no sólo el denso plano físico visible, y aquellos más sutiles — que sin ser visibles son sin embargo fuerzas físicas, cuyos efectos se pueden medir — sino la totalidad de vida en el universo, con todas sus fuerzas mentales, psíquicas y espirituales, tienen que estar regidos por ley exacta y estar sujetos á la misma regla eterna de causa y efecto. De lo contrario hay un caos, ó la voluntad arbitraria de una Deidad imperfecta.

En muchos casos, nuestra inteligencia, aun en su actual limitado alcance, percibe por los resultados el modo cómo opera la ley de Karma. Podemos comprender por ejemplo, cómo los excesos sensuales de la juventud menoscaban el organismo y acarrean la parálisis en la senectud. Nadie pensaría hoy día atribuir el

ataque de dicho parálisis á la voluntad de una deidad vengativa; no obstante haber sido ésa, en otro tiempo, la creencia. En verdad debemos admitir todavía que el castigo fué decretado por la "Deidad," puesto que la Deidad representa la Ley Eterna y la Justicia; pero esta admisión no nos impide reconocer la parte que nuestra propia insensatez ha desempeñado en el hecho. Para abreviar, reconocemos que los actos del hombre ponen en juego la Ley Divina; que, tanto Dios como el hombre, pueden ser, en distintos sentidos, la causa del castigo; y que, aunque invoquemos á Dios, tenemos al mismo tiempo que poner mucho de nuestra parte.

Además de los efectos cuya causa podemos señalar, hay efectos cuya causa no podemos descubrir todavía (en nuestro estado actual de conocimiento). Pero, ¿existe alguna razón sana que coloque estos efectos en distinta categoría? ¿No declara la lógica que se deben también á la obra de la eterna justicia? Tómese el caso de un hombre cojo de nacimiento. Nos es imposible averiguar la conexión entre

su aflicción y su (*presunta*) culpa. Sin el conocimiento de la Reencarnación tienen que quedar completamente paralizadas nuestras especulaciones. Mas, si pudiéramos ver el pasado de ese hombre, podríamos probablemente reconocer en sus vidas precedentes la causa de su aflicción, y la justicia y necesidad de dicha aflicción para la experiencia del Alma.

En el caso de una enfermedad corporal, como la acabada de citar, podemos con frecuencia seguir la cadena de las causas que produjo dicho efecto, porque es inherente al cuerpo visible que le es dado estudiar á la ciencia. Con todo, aun aquí, fracasamos, porque, á veces, los comienzos de la cadena estaban en una vida pasada. El hombre nace con predisposiciones hereditarias para contraer enfermedades, y aunque podemos descubrir la causa en lo que atañe á la cuestión hereditaria, no discernimos la conexión moral, ni percibimos que la aflicción del hombre depende de sus propios actos pasados. Si no sabemos nada de la Reencarnación, resulta que se paralizan nuestras investigaciones.

Respecto á otras clases de suerte, tales como una rápida ruina financiera, accidente, ó muerte prematura, es más difícil señalar alguna conexión, porque no tenemos ninguna ciencia que haya investigado los fenómenos de esos planos interiores donde obran las fuerzas invisibles. Tenemos que ampararnos todavía en la frase "voluntad de la Providencia," ó su equivalente "suerte." La fortuna y la suerte son términos que por su vaguedad indican las deficiencias de nuestro conocimiento, como la *x* de una ecuación.

Nos será fácil concebir por qué no podemos discernir la *exposición razonada* de la suerte y de la fortuna, si reflexionamos sobre el muy limitado alcance de nuestra inteligencia, y los grandes vacíos de nuestros conocimientos. ¿Qué sabemos del pensamiento? Podemos averiguar algunos de sus efectos cuando obran mediante nuestro propio mecanismo corporal y producen una acción visible, ó cuando obran en nuestro sistema nervioso y ocasionan cambios fisiológicos. Pero el pensamiento tiene un poder que obra fuera del cuerpo. Un

pensamiento es un centro muy poderoso de fuerza, y, una vez creado, se disipa fuera de nosotros y continúa existiendo, en unión de otros incontables pensamientos, en una especie de "espacio" que es completamente distinto del llamado espacio "tridimensional" de nuestras percepciones sensitivas. Este mundo de pensamiento es, sin embargo, una realidad objetiva; todos vivimos en él, lo respiramos y tropezamos ciegamente á su rededor sin tener desarrollados nuestros sentidos internos. ¿Qué se sabe sobre la dinámica de este mundo de pensamiento? Verdaderamente, aquí hay un vacío en nuestro conocimiento. Empleando una metáfora de H. P. Blavatsky, podemos decir que estamos hilando las tramas del destino alrededor de nosotros, así como la araña teje su tela. Estamos acumulando acopios de energía, cada hora, cada minuto, en el mundo del pensamiento; acopios que, por una ley tan exacta y razonable como la de la elasticidad física, reaccionará tarde ó temprano sobre nosotros mismos.

Consideremos el proceso del así llamado

evento " fortuito." ¿Qué es el acaso? Si yo lanzo una moneda al aire, ¿qué es lo que determina que caiga de cara ó de cruz? Claro es que debe haber una cadena de causas mecánicas: los movimientos de músculos, nervios, etc.; y además de aquélla, debe haber causas mentales, puesto que la mente mueve al cuerpo. Si no es mi inteligencia consciente quien dirige el resultado, tiene que ser efectuado por algún elemento inconsciente en mi mente, ó en mi sistema nervioso. No podemos detenernos en seguir este pensamiento más lejos, pero conduce á los misterios de la ciencia perdida de la adivinación. Nuestro hado se determina quizás por la dirección " fortuita " que tomamos en las calles, ó el encuentro " casual " de un conocido. Pero ¿qué es lo que determina el camino que hemos de seguir? Un capricho mental. Y ¿qué determinó ese capricho mental? Todo es Ley; hay una cadena de causas, aunque no la veamos; " casualidad " es una palabra que nada significa.

Algunas veces nos levantamos por la mañana y todo marcha mal. Es la consecuencia

de nuestro estado mental. En estado normal, nuestra seguridad está resguardada por miles de actos é instintos inconscientes y semi-inconscientes. Pero, si nuestros sentidos están entorpecidos y nuestros nervios irritados, nuestros instintos nos fallan, nuestras acciones reflejas nerviosas se confunden, se aturden nuestras cabezas y se agota la paciencia. Ó, de otro modo, podemos haber creado por nuestros pensamientos, una atmósfera tan desagradable á nuestro derredor, que otras personas la sienten y nos rehuyen ó nos asaltan instintivamente. Aquí el efecto se puede seguir hasta hallar la causa. En escala mayor sucede lo mismo. En resumen: la vida está llena de causas de las cuales desconocemos los efectos, y efectos cuyas causas desconocemos. Sobre tal base, ¿os atreveríais á negar la doctrina del Karma? Sería mejor que primeramente estudiaseis un poco.

En definitiva: la Teosofía no admite nada como suerte ó accidente. Nada puede ocurrir sin una causa, aun cuando ésta sea invisible.

Es, además, evidente que hay varios hilos del Karma en la madeja de la vida humana. Cualquier suceso puede tener una causa física y también una causa moral. Por tanto, es absurdo discutir si una cosa se efectúa por una causa moral ó por una física, porque, generalmente, ambas contribuyen. Atribuímos las enfermedades y las calamidades á causas físicas, y otras razas las han atribuído á la voluntad de los Dioses; pero evidentemente, sean ó no causadas por los Dioses, deben tener también una causa física; y, á la inversa, una epidemia, aunque sobrevenga por descuido en el saneamiento, puede y tiene que ser también una retribución moral.

En nuestra perspectiva de la vida, las fases en que nuestra percepción y conocimiento se encuentran en estado más incompleto son en el comienzo y en la terminación de un curso de vida. Ninguna de nuestras enseñanzas populares nos dice nada sobre el nacimiento y la muerte. La tesis aquí se acerca á la de Reencarnación, de la cual se tratará en otro Manual, pero es necesario decir algo aquí so-

bre ella. Puesto que el hombre cosecha en una vida las consecuencias de lo que ha sembrado en vidas anteriores, es claro que tiene que haber alguna explicación de cómo se traslada esta influencia de una encarnación á la otra. Si alguno se siente inclinado á retroceder por la dificultad de la explicación, recuerde que la vida ordinaria está llena de dificultades análogas, que la ciencia no procura explicar, con que, sin embargo, estamos tan familiarizados que las damos por sentado. ¿Por qué, pues, vacilar por cualquier dificultad que no es más grande, tan sólo porque es menos familiar?

Un buen ejemplo, á este propósito, es el de una planta y su simiente. En esa simiente (ó en conexión con ella) tiene que existir el germen de cada cosa que poseerá la planta futura. Pero, ¿qué puede decirnos la ciencia sobre este misterio? ¿Descubrirá el microscopio las condiciones que determinen el distintivo futuro de la planta? ¿Dónde y cómo están contenidos estos distintivos? Sólo nos es dable decir misteriosamente "Moléculas"

y especular si la mera colocación de partículas imaginarias en un espacio ideal contiene algo de poder causal ó determinativo. El hecho es que la simiente real es invisible y la planta existe, completa en todas sus partes en una especie de materia más fina, nombrada materia astral, antes de que exista físicamente. (Véase el Manual que trata sobre "Los Siete Principios").

Igual sucede en el hombre; es inútil investigar cualquier conexión física entre una y otra encarnación. Puesto que el Ego Reencarnador es la única parte del hombre que sobrevive en el intervalo, las causas tienen que ser inherentes á él. Estas causas están en estado embrionario; están latentes, como el contenido de la simiente de la planta.

LAS SKANDHAS

Con el fin de explicar, hasta cierto punto, cómo se trasmiten los atributos de una vida terrenal á la que le sigue, será oportuno usar un término empleado en la filosofía budista,

que es la palabra *Skandhas.* Las Skandhas pueden ser definidas como los "atributos" con los cuales está investido el Hombre esencial, y que constituyen su carácter y personalidad. En la enseñanza budista hay cinco de estas Skandhas, que son; *rûpa,* forma ó cuerpo, cualidades materiales; *vedâna,* sensación; *saññа,* ideas abstractas; *samkhâra,* tendencias de la mente; y *viññana,* poderes mentales. De éstas somos formados; por ellas tenemos conciencia de la existencia, y por medio de ellas, nos comunicamos con el mundo que nos rodea. (*Llave de la Teosofía,* capítulo VIII)

Cuando el Ego (el Yo mismo) entra en Devachán, lleva consigo la más exquisita esencia de las skandhas, la nata y flor de las experiencias adquiridas durante la vida, sólo la esencia más espiritual de esas experiencias. Toda la parte más grosera desaparece con la muerte física ó después de la muerte física. Decaen las skandhas corporales y más tarde las skandhas astrales, y así sucede en cada serie; las skandhas kámicas van desvaneciéndose en Kâmaloka.

Pero, aunque estos atributos de la personalidad desaparecen del campo de acción, no perecen del todo; pasan al estado latente ó embrionario, para morar así hasta la *re-entrada* del Ego reencarnador en la vida terrenal, que es cuando se adhieren á él llegando á ser los agentes de recompensa y retribución. En resumen: se puede aplicar el símil de la simiente. En el Manual sobre "El Hombre Después de la Muerte," y en el titulado "Kâmaloka y Devachán," se hallará una explicación más completa sobre este punto. Para nuestro propósito nos basta indicar que hay actualmente un eslabonamiento de causa y efecto que levanta un puente sobre la sepultura y realiza consecuencias exactas en todos los planos físicos, psíquicos, mentales, etc.

Los misterios del proceso por el cual un Ego, próximo á encarnar, elige, ó los agentes de la Ley le asignan, el vehículo físico que ha de habitar, son demasiado profundos para nuestra capacidad actual. ¡Pero que las torpes concepciones mecánicas del cerebro "científico" no perturben la contemplación de un asunto

tan solemne y sagrado! El Ego no se mueve en el reino de las "fuerzas ciegas," ni el Ser mortal del Hombre obedece á la atracción molecular, ni á los giros de la casualidad. En los reinos á donde pasan nuestras Almas después de la muerte, viven Inteligencias, tanto más superiores á las de los hombres mortales cuanto es la vestidura radiante de ellas superior al tosco barro de éstos. El Karma no es ninguna mera Ley mecánica de acción y reacción; hace uso de las mentes y voluntades, como sus agentes, mentes y voluntades de todas las graduaciones, desde las de los hombres que obedecen ciegamente sus mandatos, hasta las de las Almas Grandes que se someten voluntariamente á su sublime equidad.

III

LA OBRA DE LA LEY

AUNQUE no podemos rebajar el Karma al nivel de un simple proceso físico-mecánico, tampoco podemos circunscribirlo á una abstracción vacía. Las operaciones que unen la causa al efecto, tienen que ser ejecutadas por medio de agentes. Aquí es oportuno llamar la atención sobre un error de la ciencia moderna. Éste consiste en que se da por sentado la existencia en el universo de dos clases de fuerzas; inteligente ó viviente, y no inteligente ó muerta; supone que la primera rige los reinos animados de la Naturaleza y que la última rige el reino mineral. Pero según la lógica y la Teosofía, no puede existir nada que se titule fuerza extraviada ó ciega, y aun algunos hombres científicos mismos han analizado por sí mismos los conceptos de la física moderna y probado que semejante división es

un absurdo lógico. (Véase la obra *Conceptos de la Física Moderna,* por el difunto Juez Stallo, en que se analiza el significado de las palabras " fuerza," " materia," " átomo," etc.)

Pero aun las acciones más ínfimas de las partículas de la materia, las más ínfimas reacciones químicas y los fenómenos eléctricos, se efectúan por la acción de alguna clase de Mente y Voluntad, y además, estas Mente y Voluntad tienen que pertenecer á algún Ser ó Seres. La trinidad de Ser, Mente, y Voluntad, es la unidad irresoluble de nuestras concepciones intelectuales; tenemos que darla por sentado ya directamente, ó en forma velada; y más allá de ella no nos es dable analizar. Por supuesto que esto no niega que existan agentes mecánicos, sino que simplemente declara que dichos agentes son las causas secundarias, siendo las mentes las primarias. Así como nuestro propio cuerpo es un mecanismo animado por una mente, así lo es todo cuerpo del universo. Por eso, al no tener en cuenta la ciencia moderna el elemento consciente de la Naturaleza, tiene un gran vacío que llenar;

y quizás en este vacío encajarían muchos de esos conceptos de que leemos en las creencias antiguas que reconocieron la existencia de los Espíritus de la Naturaleza, Hadas y Duendes, Elementales, Dioses, Devas, Gnomos, Genios, Ninfas, etc. Degeneradas, como con frecuencia son estas concepciones, en meras supersticiones populares, son, sin embargo, una supervivencia de la que fué en otra época una ciencia exacta y luminosa de la Naturaleza.

En breves palabras: la Teosofía da por sentada, además del Hombre y de los animales, otra hueste innumerable de Seres existentes en varios planos del espacio, invisibles al ojo físico, en graduación progresiva desde aquellos que llenan las más bajas funciones, hasta los que presiden los destinos de los planetas. Tales Seres son los agentes del Karma, hecho que fué, seguramente, reconocido por la antigüedad y en el cual aun creen, aunque en forma supersticiosa, la gente del campo de algunos países. Para exhibir ejemplos múltiples, pudiéramos recurrir á un número de fuentes casi inagotables. Tómese, por ejemplo, á Puck (duende)

y las hadas; ¿qué son ellos sino los agentes que realizan las funciones menos importantes en el sistema de la Naturaleza?

Se consideran éstos, quizás, como meros cuentos de hadas ó comedias, ahora; pero no fué siempre así. Semejantes, también, fueron las Parcas (los Destinos, los Hados) y Furias de la mitología clásica, y así mismo los innumerables Dioses de los Panteones de las religiones orientales.

Semejantes Seres son los agentes del Karma realizando en el Hombre los destinos que él provoca y solicita con sus actos y pensamientos. Obran según las leyes de su ser, y obrando el Hombre sobre ellos, los obliga á reaccionar sobre él. Como quiera que uno de los Manuales de esta serie se refiere especialmente á los Espíritus de la Naturaleza ó séase Elementales, no discutiremos más aquí el particular, sino que, simplemente transcribiremos lo siguiente de H. P. Blavatsky:

. . . los "cuatro Mahârâjahs" ó grandes Reyes de los Dhyân-Chohans, los Devas, cada uno de los cuales preside cada uno de los cuatro puntos cardinales.

Ellos son los Regentes ó Ángeles que gobiernan las Fuerzas Cósmicas del Norte, Sur, Este, y Oeste, Fuerzas que tienen, cada una, una propiedad oculta distinta. Estos SERES tienen también conexión con el Karma, puesto que éste necesita agentes físicos y materiales para cumplir sus decretos, como, por ejemplo, las cuatro clases de vientos, los cuales, como admite abiertamente la Ciencia, tienen respectivamente una influencia dañina ó beneficiosa sobre la salud del género humano y de todas las cosas vivientes. . . . No es el "Rector" ó "Mahârâja" quien castiga ó premia con el permiso ú orden de Dios ó sin ellos, sino el hombre mismo — sus hechos ó Karma, atrayendo individual ó colectivamente (como en el caso, á veces, de naciones enteras), toda clase de males y calamidades. Producimos CAUSAS y éstas despiertan los poderes correspondientes en el mundo sideral, poderes que son magnética é irresistiblemente atraídos hacia aquellas personas que produjeron estas causas sobre quienes reaccionan; ya sea que tales personas son virtualmente malhechores ó simplemente Pensadores que fomentan el mal. El Pensamiento es materia, según enseña la Ciencia moderna; y "cada partícula de la materia existente, tiene que ser un registro de todo lo que ha sucedido."—*La Doctrina Secreta,* tomo I, parte 1, estancia 5

DISPARIDADES DEL KARMA Y CÓMO SE ARMONIZAN

Los Maestros de la Teosofía tienen manifestado que ninguna encarnación humana está exactamente adaptada á cada detalle ó grado de los méritos ó requisitos del Ego — manifestación que, á primera vista, parece contradecir la exposición general del Karma. Pero no existe tal contradicción, puesto que el Karma previene que la justicia se hará á la larga. Si se hubiera mantenido un equilibrio perfecto en cada detalle y en cada momento, no hubiera quedado nada por armonizar. Está en completo acuerdo con los trabajos de la Naturaleza, el que haya desviaciones temporales de la armonía, para ser subsecuentemente rectificadas ó encauzadas. En el mundo material nunca existe un completo arreglo ó perfección. Es un mundo de adaptaciones y avenencias. En el Manual que trata sobre el "Devachán," se demuestra que uno de los resultados obtenidos por la residencia del Alma en ese estado, es el arreglo de las desigualdades del hado experimentadas durante la vida.

CÓMO EL HOMBRE PERTURBA EL EQUILIBRIO DE LA NATURALEZA

UNO de los medios de explicar la Ley de Karma consiste en demostrar que el hombre, con sus acciones, perturba la armonía y equilibrio de la vida; y que la vida, en su esfuerzo por recobrar la armonía, produce una reacción en el hombre. Esto está de completo acuerdo con el concepto científico del equilibrio de las fuerzas, y puede explicarse del modo siguiente. La suma total de energía dentro de un sistema cerrado es siempre el mismo, y cada mutación, dentro de ese sistema, proporciona una mutación de efecto igual y opuesto en las otras partes del sistema. Cada acto del hombre rebota como una piedra lanzada; y á la larga el hombre probará ser su propio blanco.

Podemos decir también que una acción, por su propia naturaleza es dual, consistiendo la dualidad en una salida y en un regreso, ó en dos fases iguales y opuestas como una onda en física, aunque, en nuestra filosofía miope, solamente discernimos la mitad de la acción.

Muchas acciones atraviesan sus fases completamente en un corto período de tiempo, de suerte que su dualidad es aparente, como en una riña, cuyo doble carácter es proverbial. Si colocamos nuestros dedos en el fuego, el doble carácter del suceso es obvio; la causa y el efecto están unidos. Pero con mucha frecuencia se interpone entre la causa y el efecto un intervalo tan largo, que dejamos de distinguir la conexión; y si se añade que este intervalo puede hasta incluir el abismo de la muerte, se comprenderá claramente que la falta de descubrir la conexión se hace todavía más evidente.

IV

LIMITACIONES DE NUESTRO ENTENDIMIENTO

PERSONALIDAD. DEIDAD PERSONAL

SI deseáramos comprender los medios de la Eterna Justicia, tendríamos que estar preparados para soltar las amarras de nuestras mentes; y si consideramos las influencias bajo las cuales se han desarrollado esas mentes, tendremos que admitir *a priori* que han de ser muchas esas amarras. Spinoza dice, que la razón por que los hombres viven en semejante estado de incertidumbre y descontento, es porque lo consideran todo desde el punto de vista del interés personal y por permitir que su imaginación y sus pasiones lleguen á ingerirse en sus percepciones, dando así á todo un falso colorido y una falsa perspectiva. Es necesario, por tanto (prosigue) eliminar cuidadosamente de nuestras mentes todos esos factores perturbadores, del mismo modo que un observa-

dor científico elimina todas las causas de error de sus instrumentos. Ahora bien: ¿cuáles son los principales prejuicios á que estamos sujetos?

Reflexionemos primero sobre algunas de las mezquinas ideas que han estado influyéndonos inconscientemente durante algunos siglos pasados de enseñanzas religiosas dogmáticas. Existe, en primer término, la noción de un Dios personal. Esta noción da origen á las ideas del capricho, la ira, el favor y emociones personales análogas, asignables á una gran personalidad. Á esta noción de un Dios personal que puede enojarse y aplacarse, hemos añadido, como corolario natural, la idea de un Hombre servil, "nacido en el pecado," indigno é incapaz, dependiente del favor divino para todo lo bueno. Estas ideas influyen en la mente y la hacen formar apreciaciones estrechas y mezquinas. Véase, por ejemplo, de qué manera consideramos nuestra fortuna. La denominamos buena, ó mala, según complazca ó desagrade nuestros sentimientos, según encuentre la aprobación ó desaprobación de nues-

tras exiguas voluntades y juicios. Así decimos, en conformidad con esto, que estamos sujetos á la ira ó al favor de Dios. En suma, nos formamos una idea de premio y castigo que nada tiene de sabia, ni previsora. No puede negarse que las enseñanzas religiosas han favorecido esta opinión; porque, ¿no sostienen constantemente ante nuestros ojos la imagen de una Deidad sañuda unas veces, y apacible otras? Cada vez que las grandes inteligencias han hecho un examen más amplio, ha sido á despecho de la enseñanza dogmática y muy frecuentemente en las garras de la persecución.

Es tiempo ya de libertar nuestras mentes de esas nociones elementales por las cuales las ideas de Dios y de la vida humana están asociadas con el temor y la abyección, como sucede á los salvajes. Estas nociones brotan de la naturaleza inferior del hombre, que es mezquina y estrecha; no son compatibles con la dignidad que debiera corresponder á un ser inspirado divinamente, como es el hombre.

Sólo es propio de una naturaleza suspicaz y

áspera reñir con su sino é imaginarse que se le castiga, cuando no es así. No es digno gritar cada vez que sucede algo que no esté en completa armonía con nuestros deseos, y rebajarse ante la Providencia en actitud suplicante. La división general de la fortuna en buena y mala, está concebida en muy estrechos principios. La riqueza se considera como una buena suerte y la pobreza como mala; pero desde un punto de vista más elevado, esto puede, ó no puede ser verdadero. De otra manera; es posible que la aflicción corporal sea una bendición mayor que la salud en ciertos casos. Cuanto más elevado sea nuestro punto de vista, tanto más tolerantes llegarán á ser nuestras ideas respecto el hado y á la fortuna, hasta que lleguemos á la conclusión de que cualquier cosa que nos pudiera suceder, sería para bien del Alma.

Pero es mucho más importante la actitud que tomamos respecto á nuestra responsabilidad. Si nos consideramos víctimas de poderes eternos, y desprovistos de dominio sobre nuestro destino, no habría que maravillarse si



cayéramos en una actitud suplicante y nos sintiéramos con frecuencia maltratados, ó nos volviéramos indiferentes á los deberes de la vida. Pero, una vez que prevalezca la idea de que somos dueños de nuestro destino, toda la actitud de la mente varía. Podemos decir como Fausto:

Du, stolzes Herz, du hast es ja gewollt!
"¡Eres tú, orgulloso corazón, eres tú quien lo ha querido así!"

Las así llamadas desventuras que nos rodean, son aquéllas en que hemos incurrido por nuestra propia Voluntad, por la educación de nuestro carácter, como el que, ejercitándose en algo, se señala tareas difíciles para ejecutarlas. El reñir con nuestro hado es ser desleal á nuestra propia Alma; es llegar á olvidarnos de nuestro destino real. Aprendamos á considerarnos como caballeros andantes desafiando los peligros en busca de la Verdad como los héroes de los sagrados mitos que mataban dragones y vencían encantamientos con el fin de ganar á la Princesa. En resumen: vivamos los ideales de la Caballería, que inculcaban la

dignidad del hombre y de la mujer, y que han sido grandemente suplantados por esa actitud degradante de la mente, según la cual somos "pecadores miserables," que tenemos por deber sobrellevar esta vida en humilde sumisión hasta que nos hayamos librado de ella para ir á disfrutar de una gloria egoísta. La Caballería sostuvo la verdadera Libertad — la libertad del Alma humana — y enseñó á los hombres á considerar todas las situaciones como oportunidades, y todas las así llamadas desventuras como ocasiones propicias para demostrar el valor y aprender algo. Hemos convertido en avariciosas y mercantiles nuestras ideas, aún las religiosas. Hay muchos mezquinos cálculos sobre la suerte y liquidaciones de ganancias y pérdidas: estamos demasiado preocupados del destino de lo que llamamos nuestras almas. Existe con carácter de proverbial la creencia que relaciona la piedad con la prosperidad mundana, y hace de la frugalidad por cálculo egoísta una virtud cardinal: no obstante lo útil que puede ser esa creencia se há llevado demasiado lejos.

De aquí que las palabras " castigo " y " premio " adquieren nuevas significaciones. La palabra castigo en el sentido de ser proveniente de un impulso de ira ó venganza, debiera borrarse de nuestros diccionarios. La retribución no es más que la consecuencia natural de los actos equivocados, y debiera considerarse como una medida justa y compasiva que nos permite aprender mejor. El hombre que disfruta una vida cómoda puede tener un carácter débil que quizás no ha merecido todavía ser puesto á pruebas para fortalecerse más; mientras que el hombre que sobrelleva una vida difícil puede ser que haya alcanzado el derecho de adquirir la sabiduría de la vida.

Podríamos extendernos más sobre la materia, pero el objeto es tan sólo demostrar la relación que con ella tiene la doctrina del Karma. La doctrina del Karma simplemente armoniza nuestras convicciones intelectuales con nuestras convicciones morales; reemplazando así esos errores teológicos que han sido las causas de obstrucción. *Sentimos* que el hombre es dueño de su propio destino;

el Karma nos proporciona el modo de *verlo.*

En nuestra civilización, el Personalismo, es decir, el culto de la personalidad, ha adquirido una importancia demasiado grande. Da color á todas nuestras opiniones. La salvación personal preocupa mucho nuestras imaginaciones y cada uno de nosotros aspira á una relación personal y exclusiva con Dios. Según las doctrinas de Zoroastro, las adquisiciones personales fueron consideradas, no como beneficio exclusivo de su poseedor, sino como un aumento á la suma total del bien del mundo. Y, verdaderamente, nuestra personalidad es insignificante comparada con la grandeza del mundo, parangonada con la grandeza del verdadero Ser Mismo. Mirando la muchedumbre humana, ¿cómo podemos imaginarnos que sus numerosas pequeñas personalidades son todas tan importantes? Dependiente de esta exageración de la personalidad, está el apego exagerado á la vida terrenal y el exagerado temor á la muerte. No tenemos bastante conocimiento de nuestra inmortalidad, ni somos bastante conscientes de nuestra solidaridad. Exis-

ten muchas almas de índole social que sienten esta solidaridad con los demás, á quienes no juzga el mundo muy dignas, pero que, no obstante, pueden estar más cerca de la Luz que muchos caracteres piadosos y respetados, porque aquéllas no están contaminadas con el cáncer de la hipocresía. Como canta un sabio eclesiástico:

Dadme un valiente corazón que lata
Con el gran corazón en armonía,
El corazón común, el que nos hace
Ya sentir pesadumbre, ya alegría. . . .
Concededme, sí, el don de en su principio
Descubrir los esfuerzos que orgulloso
Trata por siempre el corazón de hacer,
En deshacerse infiel de su gran centro
Para en base egoísta, solo, odioso,
Buscar la gloria á su mezquino ser. . . .
¡Tal intento villano averiguarlo
Para poder por siempre detestarlo!
¡Un hombre . . . que amigo ser pretende
De la familia humana! . . .

Y esta actitud personal de la mente influye en nuestras reflexiones sobre el objeto del Karma. La cuestión de nuestros méritos y de-

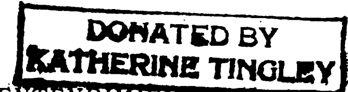
méritos personales aparece demasiado grande ante nuestra vista. Pero aunque la justicia se administra adecuadamente á cada unidad humana, sería mejor si estuviéramos menos inquietos sobre nuestro propio caso particular. El compañerismo con nuestros semejantes, que es tan necesario y precioso para nosotros, nos envuelve en un sistema de dar y tomar, cuyo justo arreglo no corresponde á las naturalezas generosas inquirir con demasiada insistencia. Mezclamos nuestra propia suerte con la de los demás para lo mejor ó lo peor, y obtenemos nuestra justa porción de la buena y mala suerte, y además la inestimable ventaja del compañerismo. Ha habido tiempos en la historia del mundo en que la personalidad no estaba tan pronunciada como entre nosotros; la gente era más consciente de ser parte del Universo, y se sentía tan segura en su vida más amplia que se inquietaba menos en la más estrecha. Pero la de hoy es la edad del individualismo — ó mejor dicho, del personalismo — aun en la religión, en la oración, en la aspiración. Por esto se presiente que para

muchos el Karma haya de presentarse en forma de consuelo personal; pero debe más bien ser considerado como una doctrina amplia y general que afecta á la vida de la humanidad en conjunto.

La muy inadecuada idea de la Deidad derivada de las mezquinas enseñanzas religiosas, se opone también á nuestras concepciones del Karma. Porque habiendo dotado á Dios de muchas de las limitaciones que pertenecen á una personalidad, el capricho inclusivo, estamos obligados á reducir nuestras nociones sobre la Justicia Eterna á un modelo algo parecido al modelo humano. De aquí nacen las nociones del favor y del sacrificio propiciatorio, que son más propias de los salvajes que adoran al fetiche de la tribu, que de gentes avanzadas que creen en la Justicia Eterna.

EL KARMA NACIONAL Y DE RAZA

Lo que se ha dicho sobre la indebida importancia dada á la personalidad en la civilización moderna, está bien ilustrado por las enseñanzas relativas al Karma nacional ó de



raza. En *La Llave de la Teosofía,* por H. P. Blavatsky, hallamos lo que sigue:

INVESTIGADOR. ¿Pero seguramente que todos estos males que parecen recaer sobre las masas indistintamente no son en realidad el Karma individual y justamente merecido?

TEOSOFISTA. No; esos males no pueden ser tan estrictamente definidos en sus efectos como para demostrar que cada medio ambiente individual y las condiciones particulares de la vida en que se halla cada persona son nada más que el Karma retribuyente que el individuo ha generado en una vida previa. No debemos perder de vista el hecho de que cada átomo está sujeto á la ley general que gobierna el cuerpo á que pertenece; y aquí encontramos el más extenso curso de la ley kármica. ¿No comprendéis que el Karma individual, por agregaciones llega á ser el de la nación á que pertenecen esos individuos, y que la suma total del Karma de las naciones es el del Mundo? Los males de que habláis no son peculiares del individuo ni aun de la Nación; son más ó menos universales; y sobre esta extensión de mutua dependencia humana, la ley de Karma halla su campo de acción legítima y uniforme.

INVESTIGADOR. ¿Debo entender, entonces, que la Ley del Karma no es necesariamente una ley individual?

Teosofista. Eso es, precisamente, lo que quiero decir. Sería imposible que el Karma pudiese restablecer el equilibrio de fuerza en la vida y progreso del mundo si no tuviera un campo de acción amplio y general. Se sostiene como verdad entre los teosofistas que la mutua dependencia de la Humanidad es la causa de lo que se llama Karma Distributivo, y es esta la ley que proporciona la solución del problema del sufrimiento colectivo y su alivio. Además, es una ley oculta la que dispone que ningún hombre pueda vencer sus defectos individuales, sin elevar, aunque fuese en poco, el cuerpo colectivo del cual forma parte integrante. Del mismo modo, nadie puede pecar ó sufrir los efectos del pecado, solo. En realidad no existe el "Aislamiento" ó estado de separación; y la mayor aproximación á ese estado egoísta que las leyes de la vida permiten, está en la intención ó motivo.

Así, las leyes de asociación prohiben á todos vivir aisladamente; el destino individual está entrelazado y entretejido con el destino colectivo en una forma semejante á como están íntimamente relacionados los átomos entre sí. Participamos de la buena ó mala fortuna de los demás con quienes estamos asociados.

V

EL KARMA Y EL LIBRE ALBEDRÍO

FATALISMO

SE proponen á veces curiosos acertijos sobre esta materia debidos á la obscuridad del razonamiento, pero pueden ser resueltos fácilmente por una reflexión más detenida. Por ejemplo, se puede argüir: "puesto que todos los sucesos están indisolublemente ligados á sus causas previas, ¿para qué hacer ningún esfuerzo por modificarlos? Éste es el error del fatalismo; ignórase así el hecho de que debido á la existencia de la parte divina de nuestra naturaleza, tenemos un centro que está fuera de la cadena kármica, por lo cual estamos capacitados para obrar independientemente y poner nuevas causas en movimiento. Aquella aseveración envuelve, además, un error de lógica, como lo demuestra la exposición del siguiente caso. Supóngase que un hombre se

cae de una escalera ¿os abstendríais de ampararlo en su caída por la razón de que vuestro auxilio interrumpería la ley de la gravitación? Claro es que no podéis impedir la acción de esta ley, que seguirá obrando no obstante lo que hicierais; y es igualmente claro que podíais ayudar al hombre caído de la escalera. Del mismo modo, deber vuestro es cumplir con sus obligaciones, y no hay temor que por eso impidáis el ejercicio de la ley de Karma. Vos mismo sois un agente del Karma y puede ser una fase del Karma de ese hombre la que debiera ser auxiliada; está en vuestras manos ser ó no el auxiliador. La doctrina del fatalismo, de hecho, nada significa, y es un arma de dos filos. Si nos deja libres para no intervenir en los sucesos, igualmente nos deja libres para obrar.

Es nuestro deber ayudar á los demás todo lo que podamos, y si no está en el Karma de ellos ser auxiliados, la Ley se encargará de ello. Además como ya se ha dicho, el móvil compasivo del hombre es un poder extraño, puesto que procede de un principio más ele-

vado, pudiendo, por tanto, agregarlo al bien total del universo.

EL KARMA EN LA ANTIGÜEDAD

El Némesis fué una concepción de los antiguos griegos, que representa el Karma en su aspecto retributivo. El drama griego representaba las consecuencias de la rebelión contra la ley moral. Los agentes que personificaban esta retribución se denominaban "Furias," ó Euménides, deidades femeninas de torvo aspecto, con vestiduras negras ensangrentadas y serpientes en lugar de caballera. Portaban un hachón encendido en una mano y un látigo de escorpiones en la otra. Es digno de notarse, sin embargo, que después de haber cesado la persecución de Orestes, llegaron á cambiar de caracteres y fueron llamadas las "Euménides," que significa "las benévolas."

Los Hados ó Parcas representaban otra concepción parecida, siendo tres hermanas que resolvían sobre el destino y á cuyos decretos,

creían muchos, que aun el mismo Júpiter estaba sujeto.

Los *Nornes* fueron los ministros del destino en la mitología escandinava. De ellos se dice:

> Los Nornes todo lo ordenan; y no obstante, sin tu auxilio ni un ápice de sus voluntades podrá suceder.

Porque aun la más libre voluntad está sujeta á obligaciones de alguna clase, por elevadas que estas obligaciones sean, y los Nornes representan la integridad del destino.

En el budismo la enseñanza está muy definida. En el poema *La Luz de Asia,* por Sir Edwin Arnold, leemos:

KARMA — todo ese total de un alma
Que lo que hizo es, lo que pensara,
El "ser" entretejido por los actos
  Que en la vida sin fin ejecutara.

Primera en el comienzo, y tan eterna
Como hasta el mismo espacio; tan segura
Cual la misma certeza, sólo endura
Á las leyes del bien, y el camino
De llegar hasta él, con don divino
  Grandiosa nos enseña.

No se puede en la vida despreciarla.
El que fiel la obedece, siempre gana
Paz y felicidad, mas soberana,
Castiga al que se empeñe en su desdén;
Reparte justiciera el mal ó el bien;
No se puede engañarla.

Todo lo ve, lo marca, lo recuerda.
Haciendo el bien, en recompensa buena
Al alma generosa de bien llena;
Mas por siempre al malvado pagará
Con tal retribución que sumirá
Su alma en el dolor.

No conoce la ira ni el perdón.
Su medida es exacta, é insensible
Nos pesa en su balanza incorregible.
Á la rueda del tiempo nos entrega,
Y el turno de juzgar á todos llega
Tarde ó temprano.

Así el que á hierro mata á sí se hiere.
Pierde el injusto juez su defensor,
Y la falsa mentira ve en horror
La boca que maligna la dijera;
El ladrón que en lo obscuro se escondiera
Sus cuentas pagará.

Tal es la ley que á la verdad se inclina,
Que ninguno burlarla haya podido
Sin ser en grandes penas sumergido;

De amor su corazón se encuentra lleno;
El fin — de dicha y dulce paz nos brinda pleno.
¡Obedece y camina!

Dicen los libros bien, hermanos, de la vida.
Del hombre la existencia es resultado
Del modo de vivir en su pasado.
Los males que allá hicimos nos castigan,
Mas de bondad los actos nos hostigan
Por siempre á repetirlos.

Tal cogerás cual siembres. ¡Ved los campos!
La zarza zarza fué, fué trigo el trigo;
La semilla por siempre va contigo.
Así del hombre el hado nace y crece,
Y en las brisas del tiempo ya se mece
Cual flor ó cual zarzal.

Llega el hombre á la tierra producto de su siembra.
Zarza, trigo, ó aquello que sembrare;
Ya arbusto venenoso que regare
Con sus vicios pasados; inclemente
Retarda su progreso . . . ¡cuán doliente
Hace al mundo gemir! . . .

Si tan sólo á arrancarlos trabajara
Y plantar bellas plantas decidiera,
Orgullosa la tierra respondiera;
Fructífero, feraz y verde el suelo
Envidia le causara al mismo cielo
Con cosechas de paz.

La palabra oriental Kismet es un talismán para reconciliarse con la suerte que á cada cual justamente le haya cabido, pero no como una excusa para la inacción, como con frecuencia se ha hecho aparecer. Exponemos á continuación algunas citas que evidencian las convicciones de varios escritores respecto al Karma:

Nosotros somos nuestros propios hijos — *Pitágoras*

Nadie, sino yo mismo, puede causarme daño.—*San Bernardo*

Cada uno es hijo de sus obras. — *Cervantes*

Hacemos nuestras fortunas y las llamamos suerte.
— *B. Disraeli*

Los hombres tienen que cosechar lo que siembran.
La fuerza de la fuerza debe fluir eternamente.
— *Shelley*

Nuestros actos son nuestros ángeles, buenos ó malos;
Nuestras sombras fatales que nos siguen todavía.
— *Beaumont y Fletcher*

El alma lleva en sí misma el evento que luego le acontecerá, porque el acontecimiento no es más que la realización de sus pensamientos. — *Emerson*

No es por su nacimiento que el esclavo llega á ser así; nadie llega á ser santo por su nacimiento, sino solamente por la conducta. — *Gautama el Buda*

Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de su fondo surgen las consecuencias de la vida. — *Salomón*

No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con cualquier juicio que juzguéis seréis juzgados; y con cualquier medida que midáis, seréis medidos. — *Jesús*

No os engañéis: Dios no puede ser burlado; porque lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. Mas no nos cansemos de hacer el bien, que á su debido tiempo segaremos, si no desmayamos. — *San Pablo*

VI

LA VOZ DE LA CONCIENCIA

LA IMPORTANCIA VITAL DE LA FE EN LA LEY MORAL

POR último, tenemos que acentuar la vital necesidad que en el momento presente existe de una renovada fe basada en la Ley Moral. Aunque esta fe debiera ser inculcada por la religión, ésta, tal como existe hoy día, ya no lo hace así, como tampoco ninguna otra de las creencias que sustentamos. Sería inútil discutir esta acusación en presencia de los hechos innegables; si hemos de juzgar nuestra religión y nuestras filosofías por sus resultados tendríamos que declararlas delincuentes.

Los ideales de conducta por los cuales obran los hombres prueban que no se dan cuenta de la existencia de la Ley Moral, ó que, de cualquier modo, no la conciben lo bastante inten-

samente para influir en su conducta. Obran como si creyeran que es posible beneficiarse á sí mismo por medios que envuelven injusticia para con sus semejantes. De ahí tenemos el dominio de lo que se llama "individualismo," que mejor debiera llamarse "personalismo." En el comercio, por ejemplo, este personalismo significa que un hombre ó una compañía laboren por su propio exclusivo bienestar, desconsiderando ó sacrificando deliberadamente los intereses ajenos. El resultado, en el conjunto del comercio, es de lo más desastroso, porque, con las invenciones de la ciencia moderna, debiera ser posible que cada cual viviera cómodamente con muy pequeño esfuerzo, y, sin embargo, la prosperidad media es muy baja y una gran parte de la población dedica casi todo su tiempo al trabajo. El desgaste y rozamientos del comercio, encaminado por senda tan errónea, son inmensos; pero apenas nos damos cuenta de esta condición por falta de algo mejor con que contrastarla. El incremento de las enfermedades y de la demencia, el problema de la educación

y manejo de los niños, el de la pobreza, y todos los demás problemas que nos agitan hoy, son pruebas de la carencia de ley y de orden en nuestra vida.

El "temor de Dios" ya no surte efecto: no tiene bastante realidad para ser efectivo, y si produce algún efecto, éste no es por cierto de buena clase. Tiende más bien al establecimiento de una relación particular y personal con la Deidad con el fin de obtener la salvación personal allende la tumba, mientras que, por el contrario, debería incitarnos á confiar en la dignidad de nuestra propia naturaleza divina y en los esfuerzos para hacer de *esta* vida un cielo.

En las expresiones Providencia, Ley Moral, Justicia Divina, Voluntad de Dios, Naturaleza, y otras semejantes, reconocemos la Ley de Karma; reconocemos que, así como la Vida eterna se compenetra con la Naturaleza, así una Vida eterna espiritual se compenetra con las esferas del conocimiento, ajustando todas las necesidades y merecimientos.

Así como el principio indestructible de Vida

en la Naturaleza conserva el equilibrio, destruyendo lo inútil, creando de nuevo lo útil y siendo, en suma, una ley divina de justicia en los reinos inferiores, así también la Ley Moral arregla las cosas en el mundo moral ó espiritual, destruyendo el mal y regenerando el bien. Tenemos conciencia de que el asesino ultraja la Ley Moral y que la pena en que incurre, le caerá encima tarde ó temprano. La diferencia entre nosotros y otras razas, es que nosotros, con nuestra teología tosca é irracional hablamos de la intervención directa y personal de Dios — el Poder que fundó el Universo; mientras que las demás religiones han preferido imaginar la Deidad Suprema manifestando su justicia y poder por medio de una hueste de Seres celestiales. Mas la diferencia entre el Monoteísmo y el Politeísmo es, á lo sumo, una diferencia de nombres.

Se sostiene que toda la civilización moderna proviene de la influencia de la religión hebraica y cristiana, por su potente sentido de la Ley Moral. Es cierto que la Sabiduría del Pasado ha descendido hasta nosotros en gran

parte por medio de estas dos religiones; pero puede muy bien preguntarse si éstas han limitado nuestros conceptos sobre la Justicia Eterna. En el budismo, el sistema religioso de Zoroastro, en el Vedânta, y las demás religiones antiguas, hallaremos idénticas ideas sobre la Justicia Eterna y la Ley Moral, pero no limitada por la idea de la Deidad personal. Esta última idea ha engendrado la noción del *temor*. Hablamos, desde luego, del "temor de Dios." Cuando las absurdas nociones teológicas de la Deidad, nos obligan á rebatir nuestra creencia en Dios, podemos, quizás, caer en la descreéncia de la Ley Moral. Necesitamos, por tanto, un medio para reconocer la Ley, sin las concepciones teológicas.

Necesitamos un sentido vivo de la Ley Moral y de la Justicia Eterna, separado de las mezquinas concepciones teológicas. Al rechazar los absurdos de algunas enseñanzas teológicas, no tenemos necesidad de rechazar también la Ley Moral. Al cesar el "temor de Dios," no tenemos necesidad de entregarnos á la licencia, como si no existiere la Ley. Lo

que necesitamos es un conocimiento, un sentimiento directo, ó percepción, de la Ley Moral, bastante fuerte para que obre como un incentivo de la justicia ó una disuasión contra la injusticia, tan real como las leyes sanitarias. Ningún hombre necesita que le digan, en ninguna iglesia ó púlpito, que es nocivo saturarse de bebidas alcohólicas; bien comprende quien esto haga, que está desafiando las leyes higiénicas que se vengarán de él. Debiera ser así con la Ley Moral. Cuando un hombre intenta estafaros para su inmediato lucro pecuniario, debiera reflexionar que se está haciendo daño *á sí mismo;* debiera sentirse lastimado de hacerlo. Pero es ignorante y estúpido; es un tonto. Carece de sentimiento de solidaridad. Tiene la ilusión de que posee intereses reales y particulares, separados de los intereses del género humano. La experiencia nos demuestra repetidas veces que esto es una ilusión, pero estamos tan esclavizados por nuestros impulsos y tan miopes para mirar nuestros intereses reales, que continuamos desatinando.

Para desarrollar en la sociedad humana este

conocimiento de la *Ley Moral como una verdad en la Naturaleza,* independientemente de la sanción religiosa ¿qué se necesita? Tenemos que desarrollar el sentimiento de solidaridad, el de la unidad de la vida. El Aislamiento es ilusorio; los hombres están unidos como las ramas de un árbol, y la desunión significa decadencia. Cuando cometemos cualquier injusticia, manchamos la fuente de nuestra propia vida. Este es un hecho que nos lo enseña la experiencia diaria, y es vergonzoso para la religión, que en vez de confirmarlo y explicarlo, arroja en el camino de nuestro reconocimiento de ello toda clase de obstáculos. Porque nuestra religión occidental, tal como falsamente se entiende, abriga la idea de una personalidad separada, almas separadas y salvación separada, y hace del Hombre un Ser radicalmente malo. Remueve la Ley Moral de su estado inmanente en la naturaleza humana y la transfiere á la Deidad.

Ahora bien; ¿cuál es el significado del "Sentimiento de Solidaridad"? No es una mera aceptación intelectual del principio, por-

que si lo fuera no haría más bien que los sermones. Necesitamos estar conscientes de alguna verdad de nuestra naturaleza que corresponda á este principio; tenemos que estar enterados de nuestra mutua unidad. Semejante conocimiento viene gradualmente como resultado del estudio de las enseñanzas teosóficas respecto á la naturaleza del hombre, y es esforzándose constantemente en vivir según ellas. Llegamos á considerar los impulsos del deseo personal como fuerzas extrañas, parásitos de la vida real, y á buscar la alborada de un conocimiento más profundo en el cual sea más palpable el sentimiento de la solidaridad. De este modo adquirimos tan firme juicio de la existencia del Alma, que estamos conscientes de un sentido de resistencia cada vez que se nos impulsa á obrar de manera contraria á su Ley. En una palabra; la Conciencia despierta. Aquel en quien este sentimiento despierta, no se siente por más tiempo solo y aislado. Se siente que no puede obrar en secreto; participa, en común con los demás, de una Vida íntima, la Vida del Alma; y

ésta es tan sagrada, tan importante para su felicidad, que siente íntimamente el deber de no violarla. Por tanto, no obrara injustamente, aun cuando supiere que puede eludir el ser descubierto en el sentido usual; y esto es así porque siente que el ojo omnipresente del Alma lo sabe y que también sus compañeros lo saben en su fuero interno. La conciencia de haber delinquido, de haber violado el juramento secreto de una francmasonería sagrada y de desligarse así de los lazos del compañerismo, lo restringe eficazmente.

¿No sería una bendición que despertáramos semejante conciencia, tal presciencia de compañerismo entre la humanidad toda, de modo que individual y colectivamente se sentiera eslabonada en una sagrada francmasonería que nadie osara violar; y de manera que esta conciencia radicara, no en el temor á una Deidad vengadora, ó á la ansiedad por la salvación personal, ó en un sentimentalismo religioso, sino en el conocimiento actual de la Divinidad de cada cual y de la unidad en Alma y Corazón de toda la Humanidad?

La fundación de la creencia en el Karma significa esto y aun más. Significa el restablecimiento del conocimiento perdido y el anclaje de la moralidad en una base de hechos experimentados, en vez de dejarla dependiente de las sanciones dogmáticas ó tituladas "científicas."

No hay Religión más elevada que la Verdad

La
Fraternidad Universal
y
Sociedad Teosófica

Establecida para beneficio de los pueblos de la tierra y de todas las criaturas

---

OBJETOS

ESTA Fraternidad es parte íntegra de un movimiento grande y universal que en todos los tiempos ha sido activo.

Ella proclama que la Fraternidad es un hecho fundamental en la Naturaleza. Su principal fin es enseñar fraternidad, demostrar que es un hecho fundamental y hacer de ella una potencia vivificadora en la evolución humana.

Su objeto secundario es el estudio de las religiones, las ciencias, las filosofías y las artes antiguas y modernas; la investigación de las leyes de la naturaleza y los poderes espirituales del hombre.

La Fraternidad Universal y Sociedad Teosófica fué fundada por Madama H. P. Blavatsky en 1875; continuó, después del fallecimiento de ella, bajo la dirección del cofundador Mr. W. Q. Judge, y está hoy dirigida por su sucesora, Madama Katherine Tingley, teniendo su Oficina General en el Centro Teosófico Internacional, Point Loma, California, Estados Unidos de América. Esta asociación no afilia ni apoya ninguna otra sociedad que use el nombre de Teosofía.

La Fraternidad Universal y Sociedad Teosófica admite cordialmente, como miembros, á todos aquellos que realmente amen á sus prójimos y deseen la eliminación de los males resultantes de las divisiones de raza, credo, casta y color que tanto y por tan largo tiempo han impedido el progreso humano; á todos los amantes sinceros de la verdad y á todos los que aspiran á algo mejor y más elevado que los meros placeres de la vida social y están prontos á hacer todo lo posible para que la Fraternidad sea una fuerza viva en la vida de la humanidad; á todos éstos, sus diferentes departamentos ofrecen oportunidades sin límites.

Todo el trabajo de la Organización está bajo la dirección del Guía y Jefe Oficial, (*Leader*) Katherine Tingley, como se indica en la Constitución de la misma.

No deje de leerse lo siguiente:

Es un hecho lamentable que haya muchas personas que usen el nombre de la Teosofía y hasta el de nuestra Organización, para objetos personales, sirviéndose del nombre de la fundadora Madama H. P. Blavatsky, para atraer la atención y ganar el apoyo del público. Hacen esto por medio de discursos en público y en privado y por conferencias por todas partes. Sin estar en relación con la FRATERNIDAD UNIVERSAL Y SOCIEDAD TEOSÓFICA, frecuentemente lo dejan inferir, engañando así al público y desviando á más de un investigador sincero, de las verdades teosóficas tales como las presentan H. P. Blavatsky y sus sucesores W. Q. Judge y Katherine Tingley, y tales como se ven ejemplificadas prácticamente en el trabajo teosófico que se ha hecho para elevar y ennoblecer á la humanidad entera.

Liga Internacional de Hermandad

FUNDADA EN 1897 POR KATHERINE TINGLEY

OBJETOS

1° Ayudar á los hombres y á las mujeres á realizar la nobleza de su ocupación y á conocer cual es su verdadera posición en la vida.

2° Educar á los niños de todas nacionalidades según los principios más amplios de fraternidad universal y preparar niños huérfanos ó desamparados para que lleguen á ser obreros útiles á la humanidad.

3° Mejorar la condición de las mujeres desgraciadas y ayudarlas á una vida más elevada.

4° Facilitar empleos honorables á los que estén ó hayan estado en prisión.

5° Abolir la pena capital.

6° Establecer mejor conocimiento mutuo entre las razas civilizadas y las llamadas salvajes, promoviendo entre ellas relaciones más íntimas y cordiales.

7° Aliviar sufrimientos humanos resultantes de inundaciones, hambre, guerras y otras calamidades, y, en general, extender ayuda, alivio y consuelo á la humanidad doliente en todo el mundo.

Para mayores informes respecto á las noticias precedentes, dirigirse por escrito á

KATHERINE TINGLEY,

Centro Internacional de la FRATERNIDAD UNIVERSAL Y SOCIEDAD TEOSÓFICA. — Point Loma, California (E. U. A.)

MANUALES TEOSÓFICOS

Libros Teosóficos Elementales para uso de los Estudiantes

16mo; precios cada uno, rústica, 25c.; en tela .35

Núm. 1 Teosofía Elemental
Núm. 2. La Constitución Septenaria del Hombre
Núm. 3. Karma
Núm. 4. Reencarnación
Núm. 5. El Hombre después de la Muerte
Núm. 6. Kâmaloka y Devachán
Núm. 7. Los Maestros y sus Discípulos
Núm. 8. La Doctrina de los Ciclos
Núm. 9. Psiquismo, Fantasmas, y el Plano Astral
Núm. 10. La Luz Astral
Núm. 11. Psicometría, Clarividencia, y Telepatía
Núm. 12. El Ángel y el Demonio (dos tomos, cada uno 35c.)
Núm. 13. La Llama y la Arcilla
Núm. 14. Sobre Dios y las Oraciones
Núm. 15. Teosofía, la Madre de las Religiones
Núm. 16. Desde la Cripta al Pronaos: un Ensayo sobre la Elevación y Decadencia del Dogma
Núm. 17. La Tierra: sus Orígenes; sus Rondas y Razas
Núm. 18. Hijos de la Neblina Ardiente: un Estudio del Hombre

LIBROS TEOSÓFICOS

Epítome de las Enseñanzas Teosóficas (W. Q. Judge) 40 páginas .... .25

La Teosofía Explicada .... .05

La Teosofía y sus Falsificaciones. Para uso de investigadores .... .05
30 ejemplares $1.00; 100 ejemplares $3.00

La Vida en Point Loma (Notas por Katherine Tingley) .... .15

Ecos del Oriente (W. Q. Judge).......... .50

Presented to

With the
Compliments of
Katherine Tingley

